Louis Menand, *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*, 2002, Madrid, Destino, 533 p.

El soldado, el filósofo, el disoluto y el liberal

174 William James, quien muy probablemente sea el filósofo estadounidense más reconocido, murió en 1910, en Cambridge, Massachussets. Su hermano Henry, que también es ampliamente conocido por su extensa e influyente obra literaria, viajó desde Inglaterra para acompañarlo en sus últimos días de vida. Poco antes de morir, William le pidió a Henry que permaneciera en la ciudad por unas seis semanas más, ya que trataría de comunicarse con él desde donde se encontrara. Pero nunca lo hizo, o al menos, Henry nunca mencionó nada al respecto.

Esta anécdota que cuenta Louis Menand en su libro quizá parezca una presentación poco digna y decorosa de una persona como William James, a quien se le atribuye, entre otras cosas, la creación del *pragmatismo*, la corriente filosófica más importante que ha generado Estados Unidos y que ha influido de uno u otro modo en buena parte de las reflexiones filosóficas durante más de un siglo, tanto dentro de este país como en algunos otros. No obstante, la alusión a ella resulta pertinente en la medida en que permite ilustrar vívidamente el tema y el tratamiento de Menand a lo largo de todo su libro.

Aunque Menand titula su libro *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*, es necesario advertir que no se refiere ni a una cosa ni a la otra. Es decir, siendo que El club de los metafísicos fue el nombre de la sociedad literaria y filosófica en la que participaron activamente Oliver Wendell Holmes, Charles S. Peirce, William James y muchos otros intelectuales de la época, el título de este libro invitaría a pensar que se trata de

una obra de historia y crítica filosófica, sin embargo, ya desde el mismo Prefacio, Menand advierte que no es ése su objetivo, sino más bien el que está descrito en el subtítulo, es decir, se propone hacer una *historia de las ideas en América* durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. Y para hacerlo, elige a cuatro hombres que hicieron una contribución determinante en ese terreno: Holmes, Peirce, James y Dewey. Pero, como decía, Menand tampoco hace precisamente esto; no se ocupa exclusiva o principalmente de las *ideas* de estos hombres sino de sus *vidas*. En su descargo, habrá que reconocer que en muchas ocasiones las ideas de un hombre están inextricablemente vinculadas a su experiencia vital. Pero, aun así, Menand no atiende en primera instancia al ideario de estos individuos para recurrir en segundo término a sus elementos biográficos, sino que hace lo contrario, se concentra en las vidas de éstos haciendo aparecer sus ideas de manera accesoria y complementaria.

El hecho de que ni el título ni el subtítulo den una idea clara del contenido del libro no implica demérito o menor interés; por el contrario, es un libro muy atractivo y ameno. Más aún, en él encontramos no sólo una entretenida biografía intelectual de cada uno de los cuatro personajes centrales de que se ocupa Menand, sino también numerosas alusiones, a veces muy extensas, a la vida y obra de connotados personajes de la cultura, la política y la sociedad norteamericana, como Arthur Bentley, Franz Boas, W.E. Burghart Du Bois, Eugene V. Debs o Thorstein Veblen.

De los cuatro hombres en que se centra Menand, Oliver Wendell Holmes es el que menos destaca por sus ideas, aunque su participación como soldado en la guerra civil y como miembro, primero, del Tribunal Supremo de Massachussets y, después, del Tribunal Supremo de Estados Unidos, está llena de interés. A través de la participación de Holmes en la guerra civil, Menand nos recuerda que también la nación más poderosa del siglo XX debió pagar una enorme cuota de sangre y horror para convertirse en el Estado moderno al que dio origen la unificación.

Como muchas otras guerras civiles de los últimos dos siglos, la de Estados Unidos tuvo como telón de fondo intensas confrontaciones ideológicas y políticas. En el terreno ideológico, una de las principales cuestiones a dirimir era la del esclavismo. Durante el siglo XIX, tanto en el norte como en el sur, se habían estado manifestando voces que clamaban por la abolición del esclavismo, al grado de que para mediados del siglo el abolicionismo se había convertido en todo un movimiento ideológico y político. Había

abolicionistas que abrazaban la causa con verdadero fervor ético y humanitario; aunque también otros con motivaciones o finalidades más mundanas. Algunos de los abolicionistas del norte, por ejemplo, no estaban motivados tanto por la inhumana sujeción de los esclavos como por la interferencia que producía en sus instituciones liberales la operación de captura de los esclavos fugados. Tal vez el hecho que desencadenó una mayor irritación en este sentido fue la proclamación de la Ley del esclavo fugitivo en 1850, mediante la cual los estados del sur lograron comprometer a los del norte en que sus instituciones públicas de seguridad y orden fueran usadas para la ubicación y captura de los esclavos evadidos.

Menand dedica una parte considerable de su libro a explicar cómo la abolición de la esclavitud producida en el marco de la guerra civil no liquidó la disputa ideológica, la cual persistió y se introdujo incluso en el ámbito científico, al grado de que en muchas universidades norteamericanas proliferaron los estudios e investigaciones tendientes a demostrar o refutar la desigualdad natural de las razas, lo que llevaba implícita la pretensión de justificar la sujeción de unas por otras.

Aún siendo un tópico muy difundido, Menand advierte que los motivos fundamentales que provocaron la guerra no fueron ideológicos sino básicamente políticos. Se trataba sobre todo de un equilibrio de poder entre los estados del norte y los del sur, el cual se había visto alterado por la incorporación a la unión de los nuevos territorios del oeste, particularmente de los que se habían anexado al país como producto de la guerra con México. Así, el unionismo de las élites del norte obedecía sobre todo a la pretensión de establecer su hegemonía en todo el país, sin que estuvieran muy preocupados por la suerte de los esclavos negros. Lejos de haber una ecuación perfecta entre unionismo y abolicionismo, sus diferencias llegaban en ocasiones al antagonismo, y sólo se eliminaron o minimizaron con la propia guerra civil.

William James, el filósofo norteamericano más reconocido, no fue a la guerra civil. Llegó a decir alguna vez que por pusilánime; en todo caso, prefirió continuar sus estudios en la Universidad de Harvard. La familia James encarna lo que bien podría considerarse el *sueño americano* del siglo XIX. Su abuelo, William James, llegó a Estados Unidos procedente de Irlanda, y con el tiempo amasó una enorme fortuna. Cuando murió, en 1832, se decía que era el segundo hombre más rico del país. Heredó a sus hijos una suma considerable, sin embargo, a Henry, el padre de William, el filósofo,

y de Henry, el novelista, le dejó sólo una pequeña parte, por considerarlo un haragán. La insatisfacción que esto produjo en el heredero lo llevó a dirimir el asunto en los tribunales, consiguiendo que se le asignara una parte similar a la de sus hermanos, lo cual se convertía ya en una pequeña fortuna. Una parte de ella la empleó en la educación de sus hijos, a quienes llevó a estudiar a diversos colegios de Estados Unidos y Europa, experiencias que nutrieron tanto el pensamiento de William como la creatividad de Henry, hijo, quien plasmó en varias de sus novelas las congruencias y disparidades de los ambientes culturales de ambos continentes.

Charles S. Peirce es otro de los grandes filósofos de la época, aunque en aquel entonces no se le reconociera plenamente como tal. Más aún, algunos llegaron a considerarlo simplemente como un intelectual disoluto. Ésa era al menos la reputación que tenía ante personas como Charles William Eliot, el rector de la Universidad Harvard, a la que Peirce nunca pudo incorporarse como profesor a pesar de sus ambiciones; a pesar de que su padre, Benjamín Peirce, había sido un renombrado profesor de matemáticas de la institución; y a pesar de que muchos parientes y amigos de cierto prestigio, entre ellos William James, trataron de ayudarlo de múltiples formas.

Peirce fue un niño prodigio. Desde muy temprano su padre lo instruyó en el estudio de las matemáticas y otras disciplinas, al grado de convertirse en una excelente promesa científica. Desafortunadamente, desde muy pronto lo aquejó una neuralgia facial que le provocaba intensos dolores, viéndose obligado a consumir opio, éter, morfina y cocaína para mitigarlos. El carácter voluble, irritable y arisco que tuvo prácticamente durante toda su vida, y que le generó innumerables problemas personales y sociales, se debía en buena medida a los altibajos que provocaban en su ánimo estas sustancias.

Adicionalmente a las inestabilidades de su personalidad, su reputación se deterioró todavía más por supuestas infidelidades hacia su mujer, las cuales llegaron a los propios oídos del rector de Harvard, quien por éstas y tal vez muchas otras razones desconocidas, le negó siempre el acceso a la Universidad. Aunque no hay muchos indicios al respecto, Peirce fue probablemente el principal animador de El club de los metafísicos, una sociedad en la que se reunía con Oliver Wendell Holmes, William James y muchos otros jóvenes intelectuales de la época. En este círculo se desarrollaban presentaciones y discusiones de la más diversa índole, en una de las cuales

Peirce trazó los lineamientos básicos de su concepción filosófica, la cual denominó *pragmatismo*.

El pragmatismo, como denominación, tuvo sin embargo un origen por demás infortunado. William James fue quien primero lo dio a conocer en 1908 en una conferencia que impartió en la Universidad de California en Berkeley, aclarando que debía la idea a Charles S. Peirce. A partir de entonces el pragmatismo generó una gran cantidad de polémicas, discusiones y reflexiones, no obstante que los tres grandes filósofos que se asociaron a su desarrollo, Peirce, James y Dewey, nunca estuvieron plenamente de acuerdo con el contenido y su denominación. Peirce no estuvo de acuerdo con las ideas a las que James comprendía con el nombre de pragmatismo, así que al reexpresar su propio pensamiento lo llamó *pragmaticismo*, considerando que aunque el nombre era bastante feo, precisamente por eso nadie querría apropiárselo. William James denominó a sus propias ideas *pragmatismo* por deferencia a Peirce, pero personalmente hubiera preferido el término *humanismo*. A Dewey nunca le gustó tampoco el nombre, por lo que siempre se refería a este cuerpo de ideas como *instrumentalismo*.

John Dewey era el más joven de esa generación. Destacó no sólo por sus concepciones filosóficas, sino también por sus ideas y acciones políticas, que siempre lo mostraron como un hombre auténticamente liberal.

La vida de Dewey transcurrió de una manera mucho más apacible. Quizá sea por eso y a pesar de tener una obra más extensa que Holmes, James y Peirce, que Menand parezca sentirse menos atraído hacia su personalidad. En todo caso, no puede dejar de mencionarse su tarea como pedagogo, escritor y creador de instituciones, así como el gesto que tuvo hacia Trotsky, cuando siendo ya octogenario se trasladó a México en 1937 para presidir la Comisión encargada de ventilar los cargos que en contra de éste hacía Stalin. No obstante, ni él ni nadie pudieron hacer nada para sustraer a Trotsky del alcance criminal de Stalin.

Los protagonistas principales de la obra de Menand no son las ideas, como él lo buscaba, sino los hombres. No puede decirse que estén del todo ausentes del texto muchas de las ideas más típicas y controvertidas en los Estados Unidos de esta época, de hecho, a través del libro se puede percibir en gran medida el ambiente cultural e intelectual del momento, sin embargo, son los individuos los que van creciendo, asociándose, chocando y muriendo a lo largo de su recuento. En todo caso, hay una gran cantidad de anécdotas y experiencias rescatadas por Menand que bien vale la pena leer.

Una de éstas, de sobrecogedor realismo, acorde a la época, es el comentario que le hizo Emerson al joven Oliver Wendell Holmes a propósito de un ensayo que había escrito criticando parcialmente a Platón. Al preguntarle su opinión, Emerson simplemente le dijo *Cuando usted ataque a un rey, debe matarlo*.

ROBERTO GARCÍA JURADO
Departamento de Política y Cultura
Universidad Autónoma Metropolitana